

## PROFECIAS DE LA EUCARISTIA.

---

El fin primario y principal de las Santas Escrituras ha sido, á no dudarlo, consignar en sus bellas y encantadoras páginas, la historia profética del Mesías prometido, desde las primeras horas del mundo.

En esas páginas adorables queda el recuerdo de hechos prodigiosos marcados con el sello de la intervención divina, que eran, como se ha visto en precedentes artículos, dulces y hermosas figuras de la obra maravillosa, de la obra por excelencia, de la obra divina con que debía cerrar el Mesías la jornada de su labor terrestre.

A la luz de esos hechos, aparece el Antiguo Testamento, ante las miradas del hombre á quien no ha deslumbrado el esplendoroso brillo de las falsas doctrinas, como una tela inmensa en que, siglo por siglo, época por época, desde el Edén hasta el Cenáculo, fué trazando el dedo de Dios la fisonomía divina y describiendo las propiedades y las bellezas del augusto Sacramento; luz y consuelo, alimento y fortaleza de los que atraviesan las sendas oscuras de la vida, en camino para la patria celeste.

Esos hechos, esas figuras son profecías en acción: anunciaban la futura institución de esa maravilla de las maravillas, que la Iglesia llama, con tanta propiedad, la Divina Eucaristía.

Pero ese testimonio de los hechos no es el único que la primera alianza rinde á la divinidad de la Eucaristía.

Otro testimonio encierra ese libro, que es el libro de la humanidad, depósito venerado de los anales del cielo y de la tierra y tesoro de las más grandes y estupendas revelaciones.

Ese testimonio es el de las profecías.

Testimonio irrefragable, porque la profecía es el lenguaje exclusivo de Dios, que él sólo puede

hablar, porque es el único que puede leer en el porvenir.

Y Dios ha hablado por el labio de sus Profetas, anunciando, con certidumbre, el misterio de la Eucaristía.

Algunas veces, esos anuncios proféticos aparecen como incidentales y rápidos, brillan como el relámpago que de paso deja su luz; se vislumbran en el horizonte del Antiguo Testamento, como se vislumbran puntos luminosos, pero lejanos, en el inmenso espacio de los cielos.

Otras veces la visión es más extensa y más profunda.

El Señor descubre á los Profetas los esplendores y las bellezas del sublime y dulce misterio.

Entonces las palabras desbordan ardientes de sus labios; las imágenes se acumulan, brillantes y vivas en sus escritos.

Estas son las grandes profecías de la Eucaristía, cuya apacible luz alentaba las esperanzas del pueblo fiel y lo hacía marchar, con paso firme, hacia la realidad del misterio que encerraba todo el amor del corazón de Jesucristo.

Ellas forman por decirlo así la teología profética de la Eucaristía.

La naturaleza, las propiedades, los efectos saludables del Sacramento de vida aparecen en ellos con una claridad purísima.

Presentaremos las principales de esas profecías.

En unas contemplaremos el esplendor, los efectos ordinarios y los efectos ocultos de la comunión.

Admiraremos en otras, el deseo con que Dios parece apresurarse á convocar al gran banquete de la reconciliación á todos los hombres, á los pequeños y á los pobres, á las almas enfermas y á las ignorantes, á las almas escogidas, á los sabios y á los poderosos.

El Verbo encarnado, que declaraba en términos precisos á la muchedumbre reunida sobre el borde de un lago el misterio de la vida en su carne y en su sangre, no había esperado este momento para anunciarlo al mundo que lo esperaba con tantas ansias.

El Verbo sacramental puede, como el Verbo encarnado, decir de sí mismo esta palabra: "Estudid las Escrituras: . . . ellas dan testimonio de mí: *Scrutamini Scripturas: . . . illæ sunt quæ testimonium perhibent de me.*"

## MAGNIFICENCIAS DE LA COMUNIÓN.

Isaías, hijo de Amon, nació setenta y seis años antes de la fundación de Roma <sup>1</sup> Fué un profeta grande, fiel y santo <sup>2</sup> Un serafín le consagró profeta, purificándole los labios con un carbón encendido, porque estaba destinado por Dios para inflamar los fríos y helados corazones de los hombres, con su ardiente predicación, con su vida y su caridad, con el conocimiento y con el amor de ese Dios, infinito centro de todas las perfecciones.

La luz profética que lo inundaba era amplia, sublime y purísima.

Nacido de sangre real y educado en el palacio de los reyes, su estilo se distinguía por la belleza de las comparaciones, por la expresión correctísima de sus sentencias, por la galanura y elegancia de las palabras.

Arrebatado ciertos días por la inspiración so-

<sup>1</sup> Corn. á Lap. Core. ni Is.

<sup>2</sup> Eeel. XL.—VIII.—25.

brehumana, vió en los esplendores de una luz intensa, un magnífico espectáculo.

Antes de describir su visión, deja desbordar sus sentimientos en inspirados cánticos de regocijo y de alegría.

“Oh Señor, tú eres mi Dios: yo te ensalzaré, y bendeciré tu nombre, porque has ejecutado cosas maravillosas, designios antiguos y fieles.

“Porque tú has sido fortaleza para el menesteroso en su tribulación: su esperanza en la tormenta, su refrigerio en el ardor.”

Pero ¿cuál es esa obra que, aun mirada lejos, así excita al profeta, y le hace prorumpir en esas frases que, como todas las frases proféticas, tienen una originalidad tan profunda, proporciones tan vigorosas, esplendor tan incomparable?

Escuchemos la magnífica y profunda revelación:

“Y el Señor de los ejércitos á todos los pueblos les dará en este monte manjares suculentos, un convite de vinos exquisitos, de carnes de mucho moello, de vinos puros sin mezcla.”

*“Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemice, pinguium medullatorum, vindemice defecata.”*

La montaña que designaba el Profeta en esas grandes y luminosas palabras era la montaña de Sión porque al hacer ese vaticinio se hallaba en Jerusalén <sup>1</sup>

Ocho siglos después, sobre esa misma montaña, Dios hecho hombre preparó su mesa y convocaba á todos los pueblos diciendo: "Tomad y comed todos, esta es mi carne y mi carne es alimento."

"Tomad y bebed todos, esta es mi sangre y mi sangre es bebida.

Desde entonces la mesa quedó preparada, dispuesta para todos, aguardando á todas las naciones de toda raza y de toda lengua.

Y todos se han sentado á esa mesa divina, y esa carne exquisita y ese vino delicioso se ha servido en toda la tierra, hasta en los confines del mundo.

Es el banquete Eucarístico, el que vió en sus transportes el inspirado Profeta.

"*Hoc accipiunt*, dice Cornelio á Lapide, <sup>2</sup> *Eusebius, Cyrillus, Procopius et Leo Castris de convivio Eucharistico corporis et sanguinis Christi, quæ summæ sanctorum sunt deliciæ.*

<sup>1</sup> Cornelio á Lapide.

<sup>2</sup> In Is. cap. XXV. ver. VI.

La profecía no puede ser ni más clara, ni más expresiva.

*Convivium pinguium medullatorum*, convite de manjares succulentos, de carne de mucho meollo.

En la Eucaristía se recibe una carne exquisita, se recibe el cuerpo de Cristo.

Ese cuerpo fué formado de la materia más escogida, es decir, de la más pura sustancia de una Virgen que inmaculada en sus orígenes había sido preparada durante quince años por los cuidados de un incomparable obrero, el Espíritu Santo, como una planta infinitamente preciosa y única en su género para producir el mejor y más sazonado fruto.

El cuerpo de esa Virgen fué nutrido en los pastos de un paraíso cerrado á la criatura y visitado sólo por Dios.

En el seno de esa Virgen sin mancha se formó no por la mano del hombre, que no podía tocar esa carne virginal y purísima, sino por la mano del Espíritu de Dios, y envolviendo esa concepción misteriosa la sombra del Altísimo, el cuerpo inmaculado de Cristo, que jamás conoció ni la corrupción de los humores, ni los debilitamientos de

la enfermedad, sino que está hecho de una carne toda sana, toda viva, toda vivificante.

Esa carne del cuerpo de Cristo por su contacto con la Divinidad, cuya esencia es la vida de todos los seres, tiene cualidades sustanciales, propiedades nutritivas tan abundantes y tan enérgicas, que es poderosa para nutrir no sólo los cuerpos, sino también las almas, para alimentar no sólo la vida física, sino la vida sobrenatural, la vida divina; y esto sin agotarse jamás por los siglos de los siglos: *pinguium medullatorum*.

Y el Profeta parece que quiere revelar de un modo evidente lo exquisito de la vianda que ha de servirse en la suntuosa mesa de la Eucaristía, haciendo notar que esa carne tiene mucho meollo.

De manera que las delicias de este celestial banquete, se hacen consistir por el Profeta en dos cosas: en que la carne sea suculenta, *pinguia*, y en que esté llena de meollo, *medullata*.

Y la médula es lo más delicado de los huesos y prueba ó demuestra que las carnes son delicadísimas.<sup>1</sup>

La médula de la carne del Verbo hecho hombre, dice el Padre Tesniere,<sup>2</sup> es el alma de Jesús que

<sup>1</sup> Corne. a Lapid. loc. cit.

<sup>2</sup> Predic. Eucaristi.

la anima y la vivifica; es la persona del Verbo que deifica esta alma y esta carne; es la divinidad misma, la esencia divina con quien está indisolublemente unida; esa alma, esa persona, esa naturaleza divina la recibimos en la carne Eucarística.

Esta vianda adorable del cordero irradia goces de gloria, esplendores de bienaventuranza.

Aunque envuelta en un pan sin sabor para nuestros sentidos, la fe y el amor saben penetrar hasta las realidades vivas y sustanciales ocultas bajo esos símbolos, y nuestra alma allí se nutre, allí se refrigera y allí como que se asimila á Dios mismo, *ut et anima a Deo saginetur*, dice enérgicamente Tertuliano.

Y el vino que se toma en este maravilloso festín es un vino como anunciaba el Profeta, sin mezcla alguna, *vindemiæ defæcatæ*.

Es la sangre de Cristo, pero es una sangre que anima la vida de Dios mismo, su santidad, su pureza, su amor, su clemencia, su misericordia y todas sus otras perfecciones.

Es puro ese vino y doblemente purificado, sin mezcla, sin nada que pueda embriagar con la degradante embriaguez de los sentidos.

Es, dice el Padre Tesniere, dulce como la leche, puro como el agua de las rocas, fortificante como el zumo purísimo de la vid.

Es también embriagante, pero con la embriaguez en que se sumergen, dice el mismo Padre, en el océano de su amor recíproco las tres divinas Personas; en que nadan en las olas de bienaventuranza eterna los ángeles y los santos, *vindemia defæcatæ*.

¡Oh abundancia de las divinas larguezas, ¡oh suntuosas magnificencias del amor divino!

---

FRUTOS DE LA COMUNION.

David era el más joven de los hijos de Isaí ó Jesé, rico ganadero de la tribu de Judá.

Su historia, dice un célebre escritor, despierta grande interés al considerarle humilde pastor de los rebaños de su padre, poco después valiente guerrero, salvador de Israel, jefe de los proscritos, rey magnífico y glorioso, á quien no faltó ninguna de las grandezas y ninguna de las miserias de la humanidad, y, para acabar de una vez,

el más dulce de los poetas líricos, el más sublime é iluminado de los profetas.

Como Isaías había visto, al esplendor de una luz intensa, las magnificencias de Dios, en el don inefable de su cuerpo y de su sangre, así contempló David, al reflejo poderoso de la inteligencia divina y entre las dulces armonías de las cítaras de los ángeles, los frutos admirables que había de producir en las almas el cáliz embriagante de la sangre redentora, y el pan que había de servirse en la mesa que el Señor levantara á vista de aquellos que perseguían á su profeta.

Su lengua que, á impulsos de inspiración sobrehumana, era, según él mismo se expresa, como la pluma del que escribe con rapidez asombrosa, produjo esos cantos inimitables que se llaman los Salmos de David, magnífico resumen de la Escritura Santa, como ésta es maravilloso compendio de las revelaciones que hiciera el cielo á la tierra, de las perfecciones íntimas de Dios y de sus ocultas magnificencias.

1. "El Señor me apacienta, dice David<sup>1</sup> en uno de sus salmos, y nada me faltará."

<sup>1</sup> Sal. XXII.

2. "El me ha colocado en lugar de pastos: me ha conducido junto á unas aguas que restauran y recrean."

3. "Convirtió á mi alma. Me ha conducido por los senderos de la justicia, para gloria de su nombre."

4. "De esta suerte, aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo."

5. "Aparejaste delante de mí una mesa á la vista de mis perseguidores. Bañaste de óleo mi cabeza. ¡Y cuán excelente es el cáliz mío que embriaga!

6. "Y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida; á fin de que more en la casa del Señor por largo tiempo."

He aquí el salmo por excelencia de la comunión.

He aquí la preciosa profecía.

He aquí, en bosquejo, anticipada la historia de las influencias de la Eucaristía sobre la vida de la humanidad.

Cristo es el buen Pastor.

Después de haber arrancado á los hombres, que

son sus ovejas, de las garras del lobo que las aprisionara, ofreciendo, para libertarlas, en holocausto su vida, se acerca á nosotros, diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; permaneced en mi amor; dejaos conducir por mi mano cariñosa."

Pero el buen pastor no sólo guía, sino también alimenta; sus ovejas siguiendo á su pastor, buscan pasto abundante y sabroso.

Nuestra vida cristiana necesita, cada día, pan abundante y capaz de sustentarnos con su sustancia y de recrearnos con su dulzura.

"Yo soy, nos dice Cristo, en la mesa eucarística, ese pan bajado del cielo, pan que tiene en sí toda delicia, pan que encierra fuerza poderosa, pan que levanta nuestras almas en sus desfallecimientos, pan de vida que nunca faltará al hombre sobre la tierra."

La profecía está cumplida: *El Señor me apacienta y nada me faltará. Me ha colocado en lugar de pastos.*

Muchas veces nuestras almas fatigadas por el camino, despeñadas de dolor por la lucha, devoradas por el fuego de las pasiones, disecadas por la tristeza que llega á quemar la médula de la

vida, buscan con ansia un venero de agua cristalina que refresque sus labios, apague su sed y restaure sus fuerzas.

A la sombra del Tabernáculo brota esa fuente de agua pura, que calma la sed, apacigua la fiebre y restaura el alma.

Con razón lo presagiaba David, diciendo: *Me ha conducido á unas aguas que restauran y recrean.*

El buen Pastor lleva más adelante su misericordia.

En la Eucaristía ha depositado el Señor la fuerza de su poder para convertir á las almas, es decir, para apartarlas de los bienes perecederos, desprenderlas de las criaturas y conducir las á su Creador que, siendo su único fin, debe ser su amor supremo.

Ha dejado, bajo las consagradas especies, una virtud curativa, una fuerza sobrenatural que arranca la raíz de los pecados, aniquila el efecto de los malos hábitos y ayuda al alma á romper sus cadenas.

El vaticinio de David es en la Eucaristía una realidad.

*Convirtió mi alma,* decía el Profeta.

Pero no basta que el alma se convierta.

Una vez libertada, el buen Pasto reconstruye lo que el pecado había destruido, é inicia la obra de embellecerlo, á fin de hacer en ella un templo para Dios, un santuario para el Espíritu de verdad, un lugar reservado y tranquilo, en donde el Esposo divino hable con su amada en el secreto más íntimo del amor y de la ternura.

Este trabajo es el de la santificación al que las Santas Escrituras llaman, las vías de la justicia, los senderos de la ley.

El sacramento de la Eucaristía pone ante nuestros ojos los preceptos de esa virtud admirable, los imprime en el fondo mismo de nuestros corazones y despierta en ellos sed de justicia, deseo ardiente é inapagable de virtud y de santidad.

La obra propia de la Eucaristía es la santificación: ella nos lleva de claridad en claridad, hasta que podamos ver sin deslumbrarnos, el sol esplendente de la santidad divina.

*Me ha conducido,* argregaba David, *por los senderos de la justicia.*

Pero por luminosos que sean los senderos de la justicia, no dejan de ser, muchas veces, difíciles.



El viajero, fatigado, se detiene y en alguna ocasión cae, sin poder levantarse.

El buen pastor hace, entonces, de su báculo un apoyo para sostenerlo, ó una vara para castigarlo y hacer que encuentre, en el rigor mismo de la corrección, la advertencia que lo despierte, el aguijón que lo estimule para llegar con valor al término de su viaje.

*Tu vara y tu báculo, sigue diciendo David, han sido mi consuelo.*

Sólo á la dulce y bienhechora luz de la comunión, es la vara un consuelo.

Sólo á la influencia celeste de la Eucaristía, puede comprenderse como es saludable la prueba, bendita la humillación, delicioso el sufrimiento.

La Hostia de amor, que jamás nos falta, está viva en el sagrario para defender la bondad de Dios contra nuestras injustas acusaciones, cuando sufrimos, y para cambiar el castigo ó la prueba en sobrenatural consuelo de nuestras almas.

Algunas veces la prueba se prolonga, las tinieblas son profundas, se asemejan *á la sombra de la muerte.*

Nos refugiamos, entonces, al pie de los altares.

Allí, en el tabernáculo, está para velar sobre nosotros, nuestro Pastor dulcísimo.

Viene á lo más íntimo de nuestras almas, por la comunión, y entonces nada tememos.

Bien lo pronunciaba David: *Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre.*

Y sobre todo, la Eucaristía nos hace invencibles é invulnerables.

El Señor ha levantado una mesa en que el pan que se come, dando valor y ardimiento, se cambia, como dice el P. Ternière, en arma de combate, en espada y escudo.

*Aparejasté delante de mí una mesa, la vista de mis perseguidores.*

Presencia continua, asistencia perpetua, alimento, bebida, conversión, santificación, protección, consuelo, final perseverancia, tales son los frutos de la comunión profetizados en esta magnífica página del libro de los Salmos.

Sentémonos cotidianamente á esa mesa divina, y allí encontraremos el gusto anticipado de las santas alegrías de la gloria: *Bañaste de oleo mi cabeza.*

Allí gustaremos ese vino que nos hará olvidar

las tristezas del destierro: *Y cuan excelente es el cáliz mío que embriaga.*

La misericordia del buen Pastor, nos seguirá todos los días de nuestra vida y *la Hostia de salud que nos abre* las puertas del cielo, nos introducirá á la casa de nuestro Padre, en donde viviremos con él no en las relaciones tímidas y reservadas de la fe, sino en las inefables intimidades de la unión perfecta y de la visión beatífica: *A fin de que yo more en la casa del Señor, por largo tiempo.*

#### FRUTOS EXTRAORDINARIOS DE LA EUCARISTIA.

Zacarías, hijo de Baraquías y nieto de Addo, comenzó á profetizar en el año II del Rey Darío, 250 años antes de la venida de Cristo.

Se ignora el lugar y época de su nacimiento, así como también el tiempo que duró su misión profética.<sup>1</sup>

Parece, dice Bossuet<sup>2</sup>, que el libro de los decre-

<sup>1</sup> Diccionario de Cienc. Eclesiást.

<sup>2</sup> Histor. Univer. Cap. X.

tos divinos fué abierto ante los ojos del Profeta y que leyó toda la historia del pueblo de Dios.

Su estilo es vivo, su lenguaje es puro y sus vaticinios en lo que se refiere al Mesías son más precisos que en los demás profetas.

¡Oh hija de Sión, prorrumpe el Profeta, al mirar en el éxtasis de su inspiración al Redentor que había de venir, ¡oh hija de Sión! regocíjate en gran manera, salta de júbilo ¡oh hija de Jerusalén! he aquí que á tí vendrá tu Rey, el Justo, el Salvador.

Describe en seguida los triunfos del rey pacífico con estas magníficas palabras:

“Entonces destruiré los carros de guerra de Efraim y los caballos de Jerusalén, y serán hechos pedazos los arcos guerreros; y anunciará la paz á las gentes, y dominará desde un mar á otro mar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra.”

Y contemplando el indomable valor de los que habían de conquistar el mundo con la Cruz y con la palabra, así expresa su visión el Profeta:

“Yo he hecho de Judá como un arco tendido para mi servicio.... y á tus hijos ¡oh Sión! les daré valor sobre los hijos tuyos ¡oh! Grecia y te haré irresistible como la espada de los valientes.”

“Y aparecerá sobre ellos el Señor Dios; el cual lanzará sus dardos como rayos....; y marchará entre torbellinos del Mediodía.”

“El Señor de los ejércitos será su protector; y consumirán y abatirán á sus enemigos con las piedras de las hondas.”

“Y el Señor Dios suyo los salvará en aquel día como grey selecta de su pueblo; porque á manera de piedras santas serán erigidos en la tierra de él.”

Después de anunciar el Profeta este poder maravilloso, esta fuerza admirable de los que habían de dominar á las naciones y conquistar á los pueblos, congregando á todos en un solo templo y difundiendo por todas partes una sola fe y una sola doctrina, pregunta el Profeta confuso y arrebatado:

“¿Mas cuál será el bien venido de él y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?”

Las grandezas del reino de Cristo debían tener una causa; la fuerza de los conquistadores del mundo debía tener un apoyo; las inimitables abnegaciones de las vírgenes cristianas debían tener un fundamento.

El Profeta lo busca, y á la intensa luz de la inspiración lo descubre y lo revela.

El Mesías, para esas grandes obras y para esos grandes triunfos, da á sus hijos lo que él tiene bueno, lo que él tiene hermoso, el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes.

He aquí la profecía del augusto Sacramento, he aquí descrita siglos antes de su institución la maravillosa obra de Cristo, la divina Eucaristía.

El Mesías dió á sus hijos lo bueno que él tenía, porque como dice el Padre Cornelio Alapide, en la Eucaristía, Cristo con suma bondad les da el sumo bien, es decir, se da él mismo tal como es, comunicando toda su divinidad, toda su humanidad y casi agotando de este modo los tesoros de su grandeza.

Da también, por otra parte, todo lo hermoso que tiene, porque en la Eucaristía está sustancialmente el Verbo de Dios que es la imagen y hermosura del Padre, y está sustancialmente el mismo Verbo como hombre, en cuyo carácter es por su belleza el más hermoso entre los hijos de los hombres.

Es también lo más hermoso porque la Eucaristía causa la florida juventud de las almas, las